CAPÍTULO XVII

PRINCIPIA EL CULTO DE SANTA MÓNICA.—INVENCIÓN Y TRASLACIÓN DE SUS RELIQUIAS Á ROMA.—EL PAPA MARTÍN V RECONOCE SU AUTENTICIDAD

Años 430 al 1586.

Mientras Alipio, Possidio y los demás Obispos de Africa daban sepultura al cuerpo de Agustín en la iglesia de San Esteban de Hipona, que había de ocupar cincuenta y seis años antes de ser conducido á Cerdeña, y más tarde á Pavía donde reposa hoy, Mónica dormía el sueño de los justos en la tumba que la piedad de su hijo le erigiera en las orillas del mar de Ostia. El extranjero que visitaba esta tumba veneranda, veía un pequeño monumento de mármol tan antiguo, que su origen era desconocido y muchos atribuían al mismo San Agustín. ¿Quién duda,

en efecto, que éste fué muchas veces á visitar la tumba de su madre durante el primer año de duelo que pasó en Roma? ¿Y quién puede dudar tampoco que, sin la prohibición de Santa Mónica, Agustín habría tomado las medidas necesarias para llevar á Thagaste restos tan preciosos, y reunirlos á los de Patricio, su padre, en la tumba de familia? Pero ya que Mónica había dicho «enterraréis á vuestra madre aquí», Agustín no salió de Italia, ni dió el último adiós á sus restos venerados, sin cuidarse del sepulcro que los encerraba, adornándole convenientemente.

Cualquiera que sea el origen del monumento, es lo cierto que Mónica permaneció durante muchos siglos en el sarcófago de piedra que la piedad de su hijo le consagrara; que su nombre era venerado en Ostia, y que, conocidas ya las *Confesiones*, lo fué por todo el mundo; si bien no consta que se le rindiera culto. Su fiesta no está consignada ni en los martirologios universales de Usuardo, de Adón y del venerable Beda, ni tampoco en los calendarios especiales de la Iglesia africana, teniendo Dios acordado que Santa Mónica no llegase al honor del culto público sino después de mil años. ¿Por qué esto? ¿Por qué Santa Filomena, martirizada en las primeras persecuciones, no ha conseguido aquel honor hasta el siglo XIX en que fué ornada de

espléndida aureola? ¿Por qué hasta nuestros días no ha brillado el glorioso misterio de la Inmaculada Concepción? ¿Por qué hay en el cielo astros cuya luz, según el testimonio de los sabios, no nos ha llegado aún? Dios lo sabe; para los hombres es un secreto.

Sin embargo, en la hermosa vida de nuestra Santa el misterio se trasluce, y mirando de cerca es fácil descubrir por qué fué admirada, pero no honrada todavía en la humilde tumba que su hijo le abriera. Mónica debía ser patrona de las madres que tienen Agustinos, y su dulce imagen había sido creada para alentar un día, para sostener y consolar en determinado tiempo á madres desgraciadas, cuyos hijos se extravían alejándose de la fe que mamaron; y he aquí por qué los siglos cristianos de la Edad Media vieron á Santa Mónica y no la comprendieron: la admiraron, sí, pero no tendieron hacia ella sus brazos suplicantes. Para apreciar esa consoladora fisonomía, es menester verla á través de lágrimas; pero en aquel tiempo aún no había bastantes en los ojos de las madres.

Pasan así mil años, durante los cuales sólo Dios vela para que tan preciosos restos no perezcan. «Por eso, dice un gran Papa, que Santa Mónica murió en Italia y Agustín la dejó allí; »pues trasladada al Africa, infaliblemente habría

»desaparecido en las repetidas invasiones que, »después de las iglesias, los altares y cuerpos de »los Santos, destruyeron hasta las poblaciones, »convirtiendo en un desierto aquella inmensa y »fértil comarca (1).» Y por la misma razón, más tarde y en una época que no se conoce con seguridad, pero que debe coincidir con la invasión de los lombardos hacia el siglo VI ó VII, el cuerpo de Santa Mónica fué trasladado secretamente á la iglesia de Santa Aurea, en Ostia, y se colocó bajo el altar en una pequeña cripta, conocida sólo por los sacerdotes de la misma iglesia. Dios reservaba este santo cuerpo para otros tiempos, y le guardaba como un tesoro de su misericordia para siglos que habían de necesitarle más.

En fin, hacia la mitad del siglo XV, cuando el protestantismo iba á romper la unidad y á preparar los tristes tiempos en que Santa Mónica debía ser consuelo y luz, aparece su tumba providencialmente, según veremos, y es colocada sobre los altares.

Pero ya por los siglos XII y XIII nuestra Santa había empezado á salir de la obscuridad. Estableciose su fiesta en muchos puntos á la vez, señalándosele unánimemente el 4 de Mayo, víspera del día en que se celebra la memorable

(1) Véase el sermón del Papa Martín V.

conversión de su hijo; como diciendo á los fieles que si, después de tantos errores y extravíos, Agustín había vuelto á encontrar su fe, su conciencia, su corazón, su genio mismo; y si, disipadas las tinieblas en que vivía, pudo irradiar y comunicar su luz al mundo y á la Iglesia, lo debía á Santa Mónica. Levantáronsele altares en las catedrales de la Edad Media; compusiéronle himnos que se cantaban por los fieles, y en los frescos y vidrieras de las iglesias empezó á resplandecer su bella imagen. Ya un discípulo del bienaventurado Angel de Fiesoli, Benozzo Gozzoli, había pintado algunas interesantes escenas de su vida, y con especial esmero su muerte, en el coro de San Geminiano; mientras que una mano desconocida, impulsada de nobilísimo espíritu, puso su dulce imagen sobre el altar de la ya hoy devastada iglesia de Ostia.

Mas todo esto no era sino la aurora de un culto que tendía á generalizarse, procediendo ya que el Jefe supremo de la Iglesia interviniera y colocase en los altares á Santa Mónica. Para tan grande obra escogió Dios á Martín V.

Pocos Papas sufrieron como él, pues si su exaltación á la Santa Sede puso fin al cisma de Occidente, y si tuvo el inefable consuelo de ver que los miembros de la Iglesia se sujetaban á la cabeza, y que la misteriosa unidad, momentáneamente

velada, resplandecía con modo singular; fué también testigo de las dolorosas escenas del Concilio de Constanza que preparaban los escándalos del de Basilea; vió aparecer á Wiclef, Juan de Huss y Jerónimo de Praga, presenció los horrores de la guerra de los hussitas, y desde el trono de San Pedro, en que los consejos del genio y de la experiencia son débil crepúsculo al lado de la luminosa asistencia del Espíritu de Dios, tuvo amargo presentimiento de los abominables caminos en que, sin respeto á Dios ni á su Iglesia, el mundo pensaba entrar. Pero en este momento, y cuando las entrañas de la cristiandad sentían dolores tan intensos, presagio de mayores males, fué cuando por una de esas inspiraciones á que obedecen los Papas sin comprender siempre toda su importancia, Martín V autorizó y comisionó para buscar las reliquias de Santa Mónica y trasladarlas á Roma.

Para ello nombra á uno de los hombres más venerables de la época, á su confesor Fr. Pedro Assalbizi, eremita de San Agustín y Obispo de Aleth, tenido universalmente por santo. Gozoso éste de la misión recibida, asocióse un religioso de su misma Orden, el Bienaventurado Agustín Favaroni, Prior general que murió en olor de santidad, y ambos acompañados de algunos sacerdotes y religiosos, se trasladaron á Ostia sin dilación, pues estando próximo el día de Ramos,

deseaban que los preciosos restos viniesen á Roma ese mismo día.

El cuerpo de la Santa había sido trasladado á la iglesia de Santa Aurea, en Ostia, y sin duda sepultado allí en época muy remota, aunque la fecha no se precisa. Los comisarios apostólicos llegaron á dicho santuario acompañados por sacerdotes de la ciudad, y después de arrodillarse y orar con fervor, mandaron cavar á la derecha del altar. Allí, á la profundidad de ocho pies, poco más ó menos, se halló un enlosado antiguo de largas y anchas piezas, sobre las cuales se veían algunos esqueletos que podrían ser de santos, pero nada lo indicaba. Detuviéronse entonces, persuadidos de haber llegado al fondo de una cámara sepulcral, profanada acaso, y fijaron su atención en otras partes del santuario que hicieron sondear por diferentes puntos con instrumentos de hierro, sin que se descubriese cavidad de ningun género. Volvieron, pues, al dicho enlosado que costó gran trabajo remover, y bajo de una losa vieron una pequeña abertura diestramente ocultada, que conducía á otra bóveda más profunda y absolutamente desconocida. Llenos de esperanza los comisarios apostólicos, bajan y en una cripta bastante extensa descubren muchos sarcófagos de diferentes dimensiones; tres á la derecha, que contenían el cuerpo de San

Lino, Papa y mártir, el de San Félix, también Papa y mártir, y el de San Astero, igualmente mártir.

Examinaron sin dilación y con avidez los que estaban á la izquierda: el primero era la vasta tumba donde Santa Constanza fué sepultada con Santa Aurea; el segundo era caja más que tumba, y contenía los huesos de Santa Aurea, virgen y mártir, sacados del sepulcro de Santa Constanza en época desconocida. Más abajo había un ancho sarcófago de piedra, semejante á los usados en Roma, y los comisarios apostólicos aproximando sus lámparas, pudieron leer sobre una plancha de plomo el nombre de Santa Mónica.

El momento fué solemne: la madre de San Agustín aparecía después de doce siglos de obscuridad y silencio, y con ella todas las reliquias de la ciudad de Ostia.

Efectivamente, antes de ser invadidos por los lombardos que todo lo arrasaban, y con especialidad los cuerpos de los Santos, las habían ocultado en una cripta hábilmente disimulada, de más de ocho pies de profundidad, y volvían á rogocijar á los cristianos que las creían ya perdidas y á reanimar con sus inmortales ejemplos á los nuevos mártires que iba Dios á pedir á su Iglesia.

Luego que todos, religiosos y sacerdotes se

prosternaron, adorando ante las tumbas al Dios que triunfa en sus Santos, abrióse con mano temblorosa por la emoción, el sarcófago de piedra en donde el más grande de los doctores y el más amante de los hijos, había encerrado el cuerpo de su madre. No había allí más que huesos desecados, pero llenos á la vez del perfume que exhalan casi siempre los restos de los Santos. «Salía, »dice un testigo, de tan preciosas reliquias cier»to aroma que impregnaba las manos y vestidos, »sin poderlo quitar; pero no se parecía á los »perfumes más delicados, que suelen respirar»se, y era de naturaleza tal que elevaba el alma »á Dios (1).»

Después que los afortunados testigos de esta escena hubieron contemplado, orado y besado también restos tan venerables, colocáronlos en una caja de madera preparada al efecto, apresurándose todos á emprender la marcha en dirección á Roma.

Nada se había dispuesto para que la traslación fuese solemne, antes bien habían convenido en que entrasen sin ruido alguno las reliquias, y que se dejara al Soberano Pontífice el designar día para la fiesta pública; pero, cuando una persona se ha inmolado á Dios, sale de sus huesos

(1) Véase al fin de la obra la nota núm. 4.

santificados, como en otro tiempo del de Nuestro Señor Jesucristo, una virtud que cura, y un celestial encanto que atrae las almas, consolándolas, despegándolas de la tierra y elevándolas á Dios. Bien pronto el pueblo, en no pequeño número, hizo cortejo al modesto carro que llevaba los restos de Santa Mónica; pero al entrar en Roma el entusiasmo subió de punto. Celebrábase aquel día uno de los principales mercados, estando la ciudad llena de gente; y como los labradores y mercaderes de la campiña romana preguntasen qué significaba aquel cortejo, al contestarles que era el cuerpo de Santa Mónica que se traía á Roma, había quienes oían sin interés; pero cuando se añadía, «es la madre de San Agustín», todos prorrumpían en gozosas aclamaciones (1); todos querían ver la caja, tocarla y besarla; y los Comisarios apostólicos, los Religiosos y Sacerdotes de Ostia que como escolta de honor rodeaban el carruaje, no podían avanzar de ningún modo.

Un milagro vino á aumentar el entusiasmo, y á revelar al mundo lo que era esta mujer incomparable, cuyos restos entraban en Roma. Mientras los conductores del carro procuraban, aunque inútilmente, separar la muchedumbre, ésta se abre espontáneamente para dar paso á

(1) Sermón de Martin V. (Nota 4.ª)

una madre que, con su hijo enfermo en los brazos, corría presurosa hacia el cuerpo de Santa Mónica. Los concurrentes hacen esto por un presentimiento misterioso hijo de la fe, y ella entonces se aproxima, acerca el niño hasta ponerle en contacto con la caja, dirige al cielo una mirada llena de confianza, é instantáneamente se apodera del pueblo una emoción indescriptible: el niño estaba curado. Desde aquel momento el entusiasmo no tuvo límites.

Llegados á la iglesia, y cuando se había colocado sobre el altar la caja de madera que encerraba las reliquias de la Santa, sintieron todos mucho haber dejado en la cripta de Santa Aurea el gran sarcófago de piedra, en que San Agustín había puesto el cuerpo de su madre, y que era una segunda reliquia; volvieron, pues, á Ostia, y al día siguiente se trajo triunfalmente á Roma, en medio de un concurso más numeroso aún, que nadie podía contener.

Otro nuevo milagro de la misma naturaleza, pero, si se quiere, más brillante, acabó de dar á conocer la Santa, enseñando juntamente qué gracias podían pedírsele.

Una madre que tenía en cama á su hijo cerca ya de ocho meses, y desesperaba de su salud, sabiendo lo que ocurría, movida por esa viva fe é indomable esperanza que suele tener el corazón

de las madres, coge á su hijo, le envuelve en un paño, corre hacia la tumba de Santa Mónica, le coloca sobre ella, y en pie, llena de confianza, espera que la Santa se mostrara verdadera madre. No esperó en vano esta mujer fervorosa; pues el niño se levantó al instante, y gozoso á la vez que enteramente sano, se arrojó en sus brazos.

«Estos hechos, decía el Papa Martín V en »una solemnidad en que vamos á ocuparnos, han »pasado á la vista de todos, y se repiten cada día »con tal publicidad, que deben inspirarnos muy »firme confianza en esta sierva de Dios.»

En efecto, otros muchos milagros acompañaron su traslación, y el Papa Martín V se ha encargado de referirlos; pero notemos aquí un hecho que nos da mucha luz sobre el particular. Aparte de los niños curados en los brazos de sus madres, hízose notar que los milagros más frecuentes se operaban en ciegos, devolviéndoles la vista; «sea, »dice el mismo Martín V, que Dios quisiere por »este medio glorificar á la madre de San Agus»tín sea que quisiese honrar las lágrimas que »esta mujer admirable había vertido durante »veinte años, para obtener de Dios que abriera »los ojos de su hijo.»

Así Santa Mónica, apenas hallado su cuerpo, quiso enseñar al mundo dos cosas; primera: que Dios no resistiría jamás á los gemidos de una ma-